

PAUL M. KENNEDY

AUGE Y CAIDA DE LAS GRANDES POTENCIAS

¿COMO Y PORQUE CAMBIA EL CENTRO DE GRAVEDAD DEL MUNDO?

Por JOSÉ M^a. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

KENNEDY, Paul M. The Rise and Fall of the Great Powers (1987), Random House 1ª Edición en español, Globus Comunicación (1989), 8 capítulos, 838 pag.s.

Paul M. Kennedy nació en 1945 en Wallsend-on-Tyne en el norte de Inglaterra. Se graduó en historia con gran distinción en la Universidad de Newcastle y se doctoró en Oxford. Después de ejercer la docencia en Inglaterra, en 1983 se trasladó a los EEUU. En la actualidad es catedrático de historia en la Universidad de Yale y está especializado en estrategia moderna y relaciones internacionales.

Paul Kennedy es sin lugar a duda uno de los pensadores estratégicos más leídos e influyentes de los EEUU. Su obra «Auge y caída de las grandes potencias», no solo le dio a conocer en todo el mundo, sino que fue una referencia obligada tanto para estudiosos de la materia como para profanos.

Los títulos de sus obras nos dan una idea clara de que se trata de un autor del realismo político que, al igual que Kissinger, interpreta la realidad internacional en términos de poder e interés nacional: «The Rise and Fall of British Naval Mastery» (1976), «The Rise of the Anglo-german Antagonism, 1860-1914» (1980), «The Realities behind Diplomacy» (1980) «Strategy and Diplomacy, 1860-1965» (1983).

En su última gran obra «Preparing for the Twenty-first Century» (1992) el autor cambió, no obstante, la perspectiva con que contemplaba la realidad internacional hacia un enfoque más interdependiente y prospectivo. En ese libro P. Kennedy abordó con agudeza intelectual y exhaustivo conocimiento del tema las nuevas fuerzas transnacionales con que han de enfrentarse los Estados durante las próximas décadas.

Su libro «Auge y caída de las grandes potencias» está escrito desde la perspectiva historicista de sus primeras obras y refleja una preocupación geopolítica esencial de los EEUU de finales del siglo XX: ¿Cómo evitar que los EEUU, al igual que todas las grandes potencias que le precedieron, terminen cediendo su posición de privilegio? Se puede establecer, por tanto, un cierto paralelismo con la famosa obra de Mahan «The influence of Sea Power upon History», en ésta se trataba de definir los pasos a dar para que los EEUU alcanzaran el rango de gran potencia; en la obra de Paul Kennedy se trata de conocer la línea estratégica a seguir para no dejar de serlo.

La obra no da por sabidas cuestiones básicas para un estudioso de la historia y la estrategia y, por ello, es de interés para un amplio sector de lectores, desde aquellos que se inician en el conocimiento de temas estratégicos hasta aquellos que precisan una información exhaustiva y un análisis profundo. Tal como el autor afirma en la primera frase de la introducción:

Este libro se ocupa del poder nacional e internacional en el período «moderno», es decir, del posrenacimiento. Procura rastrear y explicar cómo han ascendido y caído las diversas grandes potencias, interrelacionadas, durante los cinco siglos que van desde la formación de las «nuevas monarquías» de Europa occidental hasta el inicio del sistema de Estados global y transoceánico».

El estudio se centra en la interacción entre economía y estrategia a medida que los Estados punteros del sistema internacional luchaban por aumentar su riqueza y su poder, por llegar a ser (o por seguir siendo) ricos y fuertes. Por lo general el triunfo o colapso de cualquier gran potencia ha sido la consecuencia de prolongadas luchas de sus fuerzas armadas, pero también de la utilización más o menos eficiente de los recursos económicos productivos del Estado en tiempo de guerra. No obstante, como las relaciones de riqueza y poder militar de los distintos actores del escenario estratégico no permanecen constantes, es además esencial conocer la forma en que la economía de dichos Estados ha ido variando en relación con las otras naciones líderes durante las décadas de paz que precedieron a los períodos de lucha.

La obra de Paul Kennedy parte de una afirmación:

«En el año 1500 para los habitantes de Europa no era en absoluto evidente que su continente estuviera destinado a dominar gran parte del resto de la Tierra».

En el primer capítulo, «El ascenso del mundo occidental», el autor hace una interesante descripción de cada uno de los centros de poder de la época: La China de la dinastía Ming, el Imperio otomano y su retoño musulmán de la India, el Imperio mongol, Moscovia, el japonés Tokugawa y una serie de Estados de Europa occidental-central. Comparadas con las de las otras áreas de actividad cultural y económica, las debilidades relativas de Europa eran más evidentes que sus puntos fuertes.

En consonancia con las tesis de William McNiell, P. Kennedy considera que los imperios orientales, por imponentes y organizados que parecieran en relación con Europa, padecían las consecuencias de tener una autoridad centralizada que insistía en la uniformidad de creencias y prácticas, no sólo en lo relacionado con la religión oficial del Estado, sino también en lo relativo a aspectos tales como las actividades comerciales y el desarrollo de armamentos. En Europa las belicosas rivalidades entre sus varios reinos y ciudades-Estado estimularon una investigación constante de adelantos militares, que se relacionó de manera fructífera con los avances tecnológicos y comerciales.

El segundo capítulo «La puja por el dominio de los Habsburgo, 1519-1659» trata del intento por parte de uno de los centros de poder europeos de dominar el continente. Durante 140 años el bloque dinástico-religioso encabezado por los Habsburgos austríacos y españoles pareció amenazar con convertirse en el poder europeo hegemónico. Los otros Estados europeos importantes se opusieron a los designios estratégicos de los Habsburgos. Pese a los grandes recursos que estos monarcas poseían, se excedieron sin cesar en el transcurso de los repetidos conflictos, por lo que los esfuerzos militares llegaron a ser demasiado gravosos para su debilitada base económica.

«Sencillamente, los habsburgos tenían demasiados quehaceres, demasiados enemigos a los que combatir, demasiados frentes que defender. La resolución de las tropas españolas en la batalla no podía compensar el hecho de que estas fuerzas tenían que ser dispersadas en guarniciones en el norte de Africa, en Sicilia e Italia y en el nuevo mundo así como en los Países Bajos».

Las otras grandes potencias europeas también sufrieron mucho en estas guerras prolongadas, pero se las arreglaron mejor para mantener el equilibrio entre sus recursos materiales y su poder militar. La pugna, que fue adquiriendo una dimensión cada vez más generalizada, hay que entenderla además bajo la influencia de la reforma que fracturó la Cristiandad en dos y dio a la confrontación un carácter más intenso e ideológico.

«Los otros Estados —Francia, Inglaterra, Suecia e incluso el Imperio otomano— disfrutaron de algunos períodos de paz y recuperación. El destino de los Habsburgo, y más especialmente de España, consistió en tener que salir de una lucha para volverse inmediatamente contra otro enemigo».

Para el autor el bloque Habsburgo, con su extensa y compleja composición territorial proporciona uno de los mejores ejemplos históricos de excesiva extensión estratégica, pues el precio de poseer tantos territorios era la existencia de numerosos enemigos.

El tercer capítulo trata de las luchas que tuvieron lugar entre 1660 y 1815. En este complicado período, que no puede reducirse tan fácilmente a una contienda entre un gran bloque y sus muchos rivales, emergieron de modo insistente cinco grandes Estados: Francia, Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia. Otras grandes potencias anteriores como España, los Países Bajos y Suecia pasaron a segunda fila. Fue una época en la que Francia, primero bajo Luis XIV y después bajo Napoleón, estuvo relativamente cerca de controlar Europa, pero sus esfuerzos siempre tropezaron, al menos en última instancia, con una combinación de las otras grandes potencias.

Como a principios del siglo XVIII el coste de los ejércitos regulares y las flotas nacionales había pasado a ser enormemente elevado, un país que pudiera crear un sistema avanzado de banca y crédito, como fue el caso de Gran Bretaña, disfrutaba de una gran ventaja sobre los rivales financieramente atrasados. El factor de su posición geográfica influyó también en el destino de las potencias. Tanto Gran Bretaña como Rusia mantenían la capacidad de intervenir en las luchas europeas, al tiempo que estaban geográficamente protegidas de ellas. Ambas pudieron expandirse por el mundo extraeuropeo e intervenir en las disputas de las demás potencias lo necesario para mantener el equilibrio continental.

La Revolución industrial, al iniciarse en Gran Bretaña en las últimas décadas del siglo XVIII, dio a este Estado los recursos necesarios para poder frenar la ambición napoleónica de dominar Europa, a la vez que potenció notablemente su capacidad para la colonización transatlántica. Las gue-

rras napoleónicas concluyeron situando a Gran Bretaña en una posición privilegiada tal como recoge el autor en cita del General prusiano Gneisenau:

«Gran Bretaña no tiene que estar a nadie más agradecida que a ese rufián (Napoleón). Pues gracias a los sucesos provocados por él, la grandeza, prosperidad y riqueza de Inglaterra se han elevado a gran altura. Ella es dueña del mar y, ni en este dominio ni en el comercio mundial, tiene ahora un solo rival al que temer».

En los tres siguientes capítulos P. Kennedy aborda la interrelación de la economía y la estrategia en la era industrial. A diferencia de lo ocurrido hasta 1815, en los siguientes cien años hubo una notable ausencia de prolongadas guerras de coalición. Dado que la mayor preocupación de las potencias reunidas en el Congreso de Viena era la estabilidad interna, no es de extrañar que el concierto de las potencias generase un equilibrio estratégico de paz y estabilidad.

La escena internacional favorable permitió al Imperio Británico alcanzar su máximo como gran potencia y obtener enormes beneficios de su monopolio virtual de la producción industrial a vapor, hasta que durante la segunda mitad del siglo XIX la industrialización fue extendiéndose hacia otras regiones. De este modo se empezó a romper el equilibrio internacional de poder, apartando a las naciones líderes más antiguas y cediendo el lugar a aquellos países que contaban tanto con los recursos como con la organización necesarios para explotar los medios más modernos de producción y tecnología.

La misma naturaleza de la guerra estaba cambiando, y las pocas grandes guerras de la época llevaron a la derrota a aquellas sociedades que no modernizaron sus sistemas militares y no disponían de la infraestructura industrial de amplia base necesaria para sostener unos ejércitos cada vez mayores y dotados de un armamento cada vez más caro y complejo.

A medida que se acercaba el siglo XX el ritmo de cambio tecnológico se fue acelerando con unos índices de crecimiento muy desiguales en unas áreas y otras. El sistema internacional en permanente evolución adquirió un carácter más inestable y complejo. Las ambiciones económicas, la preocupación por el prestigio nacional y el miedo a ser eclipsadas por las demás naciones llevó a los Estados a una frenética búsqueda de mayores dominios coloniales en Africa Asia y el Pacífico a partir de la década de



1880. El ambiente internacional propició un número creciente de carreras armamentísticas primero en el mar y luego en tierra, así como la creación de alianzas militares sólidas incluso en tiempos de paz.

Pero el cambio más significativo fue producido por el formidable crecimiento económico de las nuevas potencias no europeas: EEUU y Japón. Rusia, con su doble dimensión euro-asiática, gracias a su enorme tamaño y a pesar de la ineficacia del Estado zarista también estaba aumentando su peso específico. El sistema de poder mundial estaba dejando de ser esencialmente eurocéntrico.

«Entre las naciones europeas occidentales, tal vez sólo Alemania tenía la potencia necesaria para abrirse paso en la selecta liga de los futuros poderes mundiales».

La Primera Guerra Mundial, en un pulso de desgaste, puso a prueba la solidez de los Estados y el acierto de sus alianzas: Austria-Hungría desapareció, Rusia padeció una revolución, Alemania quedó derrotada y los vencedores Francia, Italia y hasta la propia Gran Bretaña habían sufrido demasiado para alcanzar la victoria. Los grandes beneficiados fueron Japón, que mejoró aún más su posición en el Pacífico y, por supuesto, los EEUU que tras la Gran Guerra se convirtieron en la primera potencia mundial.

Ahora bien, el repliegue norteamericano hacia posiciones aislacionistas en cuestiones internacionales después de 1919 y la posición de rechazo y aislamiento del régimen soviético configuraron un sistema internacional atípico donde el potencial económico no estaba en relación con la presencia internacional. Gran Bretaña y Francia seguían en el centro del escenario diplomático y en la década de los 30 su posición empezó a ser discutida por Japón, Italia y sobre todo Alemania.

«Sin embargo, en un segundo plano los EEUU seguían siendo, de lejos, la nación industrial más poderosa del mundo, y la Rusia de Stalin estaba transformándose rápidamente en una superpotencia industrial. En consecuencia, el dilema de las potencias «medianas» revisionistas era que tenían que expandirse pronto si no querían quedar eclipsadas por los dos gigantes continentales».

Francia y Gran Bretaña no podían enfrentarse a Japón y Alemania sin correr el riesgo de debilitarse. El enorme desequilibrio de recursos productivos impedía que las naciones del Eje pudieran imponerse a largo plazo. La Segunda Guerra Mundial confirmó las vulnerabilidades de las potencias de dimensiones menores frente a los dos colosos territoriales.

Los éxitos iniciales del Eje produjeron el declive francés y el debilitamiento irreparable de Gran Bretaña. El resultado final fue un mundo bipolarizado donde el equilibrio militar estaba de nuevo de acuerdo con la distribución global de recursos económicos.

En los dos últimos capítulos «Economía y Estrategia de hoy y mañana» el autor presenta la Guerra Fría como un modelo de sistema internacional totalmente distinto a los de los siglos anteriores. El papel de las dos potencias hegemónicas pareció reforzarse con la llegada y el posterior desarrollo de las armas nucleares. En el terreno militar ambas potencias mantuvieron un rango radicalmente superior al resto de los Estados hasta la década de los 80 (en que el libro fue escrito). Y de hecho, tanto los EEUU como la URSS interpretaban la dinámica estratégica en términos casi exclusivamente bipolares e incluso maniqueos. La consecuencia del bipolarismo irreconciliable fue una escalada armamentística continua que acentuaba las diferencias militares y los esfuerzos económicos de la defensa.

«Y sin embargo el proceso de auge y caída de las grandes potencias -de diferencias en índices de crecimiento y cambio tecnológico que conducían a cambios en los equilibrios económicos mundiales, los cuales a su vez influían en los equilibrios político y militar- no habían cesado».

Durante aquellas décadas los balances productivos globales se alteraron a un ritmo mayor que en épocas anteriores. La participación del Tercer Mundo en el producto industrial total y en el PNB se expandió de forma notable. La Comunidad Económica Europea se convirtió en la unidad comercial más grande del mundo. La República Popular China inició un proceso de crecimiento y desarrollo acelerado. El crecimiento económico de la posguerra en Japón fue tan destacado que a principios de los 80 había superado a Rusia en PNB total.

«Por el contrario, los índices de crecimiento tanto rusos como estadounidenses se han ido retrasando y su participación en la producción y riqueza globales ha disminuido de manera espectacular desde la década de los 60.... Es evidente que ya existe un mundo multipolar otra vez, aunque sólo se midan los índices económicos».

La opción estratégica que Paul Kennedy propone para los EEUU se hace evidente a lo largo de todo el libro; no obstante, él la plantea al final del último capítulo de la siguiente manera; los EEUU deben forzosamente someterse a las dos pruebas de que depende la longevidad de una pri-

mera potencia: **1)** Conservar en el ámbito militar-estratégico un equilibrio razonable entre las percibidas exigencias de la nación y los medios que posee para atender estos compromisos y **2)** como cuestión íntimamente relacionada con la anterior, librar a las bases tecnológicas y económicas de su poder de erosión relativa frente a las pautas siempre cambiantes de la producción mundial.

Esta prueba de la capacidad norteamericana será tanto más fuerte cuanto que, como la España imperial de 1600 o el Imperio británico de 1900, los EEUU han heredado toda una serie de compromisos estratégicos contraídos décadas antes cuando su parte en el PNB, la producción manufacturera, los gastos militares y el personal de las fuerzas armadas de todo el mundo era mucho mayor que en el momento de escribirse el libro.